

---

# **transnacionalización, territorialidad y democracia en el sistema-mundo capitalista**

**teivo teivainen**

---

Un tema recurrente en los debates de las ciencias sociales ha sido la preocupación por los posibles futuros del capitalismo global. Sin embargo, se ha hecho un esfuerzo relativamente pequeño para pensar esos futuros en términos de la teoría democrática. Por lo general, pensar sobre la democracia ha significado pensar sobre el Estado-nación.

En este artículo exploraré algunos de los asuntos que necesitan ser revisados para tomar mejor en cuenta las dimensiones cosmopolitas de la democracia. De los enfoques teóricos sobre la globalización, prestaré particular atención al análisis del sistema mundial (*world-systems analysis*), asociado con Immanuel Wallerstein. Específicamente, señalaré algunos problemas que deben ser enfrentados en el proceso colectivo de localizar y hacer visible la política de espacios *no-políticos* como son aquellos comprendidos por las comunidades empresariales y sus burocracias corporativas.

Apoyarse en el significado de *política* como algo que necesariamente tiene relación con los gobiernos de los Estados es cada vez más problemático en nuestro mundo en creciente transnacionalización.<sup>1</sup> Aunque este argumento puede parecer poco original, sus implicancias político-espaciales para el futuro del sistema-mundo son frecuentemente dejadas sin especificar. Intentaré explicar algunas de estas implicancias desde un punto de vista que busca alternativas democráticas a las estructuras jerárquicas de poder del sistema-mundo capitalista.

Trataré de demostrar que para analizar y participar en las luchas políticas transnacionales de hoy, y especialmente en las del futuro, necesitamos

---

<sup>1</sup> Sobre la confusión entre las diferentes definiciones de política véase Unger (1987: 145-146). Para Unger, el significado estrecho de política es «conflicto sobre el dominio y usos del poder gubernamental». Para analizar las políticas de otros espacios y prácticas distintos de aquellos directamente relacionados con los gobiernos de estados es más útil basarse en el significado más amplio, que Unger define como «la lucha sobre los recursos y acuerdos que dan las reglas básicas a nuestras relaciones prácticas y pasionales».

movernos más allá de la comprensión exclusivamente territorial del espacio social para enfocar la multidimensionalidad del sistema-mundo capitalista.<sup>2</sup> Necesitamos proyecciones conceptuales de perspectivas múltiples que nos ayuden a localizar y analizar la formación de espacios políticos sobrepuestos. La proyección del mundo en una sola perspectiva<sup>3</sup> y la dicotomía socialmente construida entre los espacios *político* y *económico* nos han llevado a menudo a asumir que solo los Estados territoriales constituyen lo político en nuestro mundo.

El deconstruir el discurso según el cual las prácticas no democráticas de las corporaciones transnacionales privadas y de las instituciones financieras globales *estrictamente económicas* son apolíticas, puede ayudar a minar su legitimidad. De acuerdo con la tradición del pensamiento político occidental, la cual muchos de los líderes de estas instituciones dicen respetar, la democracia es una norma válida dentro de la esfera de la política. Al mostrar que las acciones de estas instituciones no están de ninguna manera más allá del campo de la política, podemos, en principio, abrir espacios constituidos por la praxis de estas instituciones para plantear reclamos democráticos.

Esto dejaría a los dirigentes de las instituciones no democráticas en un dilema. Por un lado, deberían admitir que, de hecho, prefieren un gobierno político autoritario en vez de la democracia. O, de un modo más idealista, tendrían que participar en la democratización de sus instituciones. Esta última posibilidad es más difícil de imaginar, pero pienso que es posible conseguir la primera, por lo menos parcialmente. Al mostrar la naturaleza inherentemente política de los espacios *económicos* transnacionales y globales, y al insistir en la necesidad de democratizarlos, la tradición democrática moderna puede servir para criticar las prácticas capitalistas antidemocráticas basadas en el principio «un dólar, un voto».<sup>4</sup>

En términos de construcción de futuros democráticos, mi énfasis al formular argumentos para politizar los espacios transnacionales de poder, es, por supuesto, bastante limitado. Por ejemplo, no me ocuparé del problema crucial de las estrategias políticas para conseguir que los discursos radical-

<sup>2</sup> Sobre cómo el énfasis en la dimensión espacial puede llevar a una *mística de la espacialidad* en análisis sociopolíticos radicalizados, véase Slater (19??: 10). El mismo fenómeno puede ser encontrado en los otros análisis comunes de la globalización, donde parece a menudo, aunque engañosamente, que los espacios globalizados de alguna manera llegan a ser actores que tienen efectos causales. Véase también Slater (1989: 267-294); y los comentarios críticos sobre *hacer un fetiche de lo espacial* en John Urry, «Social Relations, Space and Time», en Derek y Urry (1985: 20-48). En mi propuesta el espacio es considerado como un producto de las relaciones sociales y no tiene efectos causales en sí mismo.

<sup>3</sup> Sobre una interpretación posmoderna de las ortodoxias modernistas del espacio véase Luke (1993: 229-258). Para conocer una relación más equilibrada que resalta los dilemas relativistas del criticismo posmoderno de la «tiranía del perspectivismo» y al mismo tiempo reconoce las debilidades de la catalogación modernista del mundo, véase Harvey (1989).

<sup>4</sup> En cuanto a contribuciones innovadoras en la estrategia de usar la tradición democrática moderna para criticar la práctica capitalista antidemocrática, véase Mouffe (1992), Laclau y Mouffe (1985) y Bowles y Gintis (1986). Desde mi perspectiva, estas proposiciones etiquetadas por lo general como radicalmente democráticas están demasiado centradas en el Estado-nación y no ponen atención suficiente a las implicaciones espaciales de la transnacionalización y la desterritorialización.

mente democráticos sean escuchados en los medios de comunicación. Enfoqué mi análisis en un tópico más modesto: cómo encontrar categorías adecuadas para proyectos democráticos cosmopolitas, con la esperanza de que algunas de las ideas formuladas en estas categorías puedan ser traducidas a un lenguaje que sea más útil para las luchas políticas que nuestra jerga académica.

Después de una lectura relativamente general de cómo la literatura sobre teorías políticas y relaciones internacionales tiende a asumir algunas implicancias espaciales políticamente relevantes de los procesos de transnacionalización y desterritorialización, prestaré atención específica al enfoque de los sistemas-mundo. Trataré de probar que para enfrentar los desafíos políticos y teóricos del futuro, la proyección modernista del espacio político usada por el acercamiento tradicional a los sistemas-mundo necesita ser rediseñada. Empleo el término *modernista* para referirme a la concepción territorialista del espacio social. Concluiré con algunas observaciones sobre la importancia de imaginar las características institucionales de futuros escenarios transnacionales.

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

### Transnacionalización y desterritorialización

En los años noventa proliferaron libros y artículos sobre las restricciones que el proceso de transnacionalización imponía al funcionamiento de la democracia en ciertos estados-nación. Incluso si la mayoría de los análisis han considerado cualquier discusión sobre la democracia transnacional, global o cosmopolita como una utopía sin esperanza y por lo tanto irrelevante, esta tendencia en la teoría democrática ha estado abriendo nuevos debates que atraviesan las fronteras de las distintas ciencias sociales. Las teorías democráticas han sido fecundadas con teorías de relaciones internacionales, de economía global o de sistemas-mundo.

Para los que intentamos desarrollar una teoría de la praxis democrática radical y sus restricciones en el mundo transnacionalizante y globalizante no es suficiente una simple articulación entre los análisis del *afuera* y el *adentro*. Algunos presupuestos que están llegando a ser cada vez más incompatibles con los procesos sociales de hoy, han sido generalmente admitidos a ambos lados de las murallas académicas. Uno de esos presupuestos es la idea modernista de una división territorial estricta del Estado-nación en áreas internas y externas. Argumentaré que la utilidad analítica de esta clase de categorías espaciales está siendo vencida por los procesos gemelos de la transnacionalización y la desterritorialización.

La transnacionalización es un proceso que transgrede las fronteras de los Estados-nación, y debe ser diferenciado analíticamente de la globalización y de la internacionalización. En mi terminología, la única diferencia entre globalización y transnacionalización es que el primer término presume que los procesos tienen un alcance global. De esta manera, toda globalización es transnacionalización, pero no necesariamente viceversa. Una parte de la reciente literatura sobre la globalización tiende a interpretar los procesos transnacionales desde una perspectiva innecesariamente totalizante y homogeneizante. Internacionalización es un término más estrecho, y se refiere a las relaciones entre Estados.

Los espacios transnacionales tienen a menudo formas territoriales, como en la creación de regiones transfronterizas, que conectan geográficamente a actores por encima de las fronteras estatales.<sup>5</sup> Sin embargo, en muchos procesos transnacionales está disminuyendo la importancia de la proximidad territorial mientras crece la relevancia de la definición y explicación de la proximidad social.<sup>6</sup> Los espacios transnacionales están asumiendo cada vez más formas desterritorializadas o no territoriales.<sup>7</sup> Esto, de ninguna manera niega el hecho de que, por ejemplo, las oficinas centrales de los principales bancos de inversión tiendan a estar territorialmente concentradas en ciertas zonas limitadas.

Hacer la distinción entre formas desterritorializadas y territoriales del espacio puede ser útil para evitar los errores del pensamiento consistentes en interpretar la crisis de las categorías territoriales como una prueba de la irrelevancia del espacio *per se*.<sup>8</sup> Sin embargo, la distinción no debería ser interpretada en términos muy dicotómicos.<sup>9</sup> Es más bien una cuestión de gradación; los espacios desterritorializados seguramente mantienen muchos vínculos territoriales,<sup>10</sup> aun cuando no puedan ser definidos por ningún territorio que ellos cubran. Un espacio desterritorializado no es necesariamente menos material que un espacio territorial,<sup>11</sup> y —lo que es más relevante para mi argumento— de ninguna manera es inherentemente menos político.

<sup>5</sup> Sobre la distancia efectiva entendida como algo distinto de la *distancia geográfica simple* véase Waters (1995). Por supuesto, este es un uso más bien estrecho del término *geográfico*. Un ejemplo de regiones territoriales transfronterizas es el crecimiento de las industrias maquiladoras cerca de la frontera mexicano-estadounidense, aunque, por cierto, también son parte de las redes de capital transnacional. Sobre el *desarraigo existencial* de los trabajadores de las maquiladoras véase Rodríguez (1993: 295-298).

<sup>6</sup> Véase Mlinar (1992), en especial la página 25.

<sup>7</sup> Incluso si, estrictamente hablando, lo desterritorializado se refiriera a espacios que han sido previamente territoriales, extendiendo su uso para cubrir también aquellos espacios relativamente no territoriales que no tienen *historia territorial* tales como Internet. De esta manera, (*relativamente*) *desterritorializado* es sinónimo de (*relativamente*) *no territorial*.

<sup>8</sup> Véase Waters (1995: 3), quien dice que un mundo globalizado será «una sociedad sin fronteras ni límites espaciales»; y Luke (1993: 240).

<sup>9</sup> Véase Ruggie (1993: 129-174), quien se refiere a una «"región" no territorial en la economía mundial» (el énfasis es mío), lo cual, si es tomado literalmente, resulta una exageración. Véase también una respuesta a Ruggie que muestra que el control doméstico juega un importante rol en las actividades extranacionales de los bancos, en Kapstein (1993: 501-503).

<sup>10</sup> Sobre cómo «el capitalismo está continuamente reterritorializando con una mano lo que estaba desterritorializando con la otra» y sobre la «tensión entre fijación y movimiento dentro de la geografía de acumulación», véase respectivamente Harvey (1989: 236-239 y 128-163). Sobre la constante concentración geográfica de centros de operaciones corporativos en las ciudades dominantes de las naciones capitalistas más poderosas, véase Cox (1992: 26-43), Friedland y Boden (1994: 1-59), quienes sintetizan su argumento con la dicotómica noción de que «mientras el capital ha conquistado el tiempo y el espacio, no lo han hecho así los capitalistas».

<sup>11</sup> En este punto no estoy de acuerdo con Luke (1993: 240), quien afirma que los flujos desterritorializados son fuerzas desmaterializantes. Un triste ejemplo de la materialidad de las redes de espacios desterritorializados, tan inmensamente identificadas con la tecnología electrónica, es que su mantenimiento produce mucha contaminación. Véase *Greenline* (agosto de 1991).

Según la útil fórmula de Robert David Sack, la territorialidad es el intento de un individuo o un grupo de afectar, influir o controlar gente, fenómenos y relaciones a través de la delimitación y el ejercicio de control sobre una zona geográfica (Sack 1986: 19).<sup>12</sup> Cuando los conceptos espaciales metafóricos están triunfando en la teoría social, se necesita especificar que una zona territorial es un espacio con fronteras relativamente definidas desde el punto de vista de una proyección bidimensional normal.<sup>13</sup> En un espacio desterritorializado, tal como son Internet o las redes financieras transnacionales, los actores están efectivamente conectados aun si es difícil o imposible localizar algún espacio definidas formado por sus conexiones sobre un mapa de superficie plana.

A menudo se asume que los últimos procesos modernos están circunscritos al Occidente *ya desarrollado* y que tienen muy poca relevancia en el análisis de las zonas del mundo *aún en desarrollo*. Obviamente, hay muchas diferencias y desigualdades en términos de poder y recursos entre las diferentes zonas del sistema-mundo,<sup>14</sup> pero esta presunción es engañosa. Por ejemplo, algunas de las así llamadas características modernas tardías o posmodernas del mundo occidental pueden haber sido parte de la realidad del Tercer Mundo ya por un largo tiempo. Experiencias tan latinoamericanas como el crecimiento del sector informal, la multiculturalidad y las disciplinas de políticas económicas relacionadas con el endeudamiento externo son nuevas en países como Finlandia. La desterritorialización es una de estas características, y su novedad ha sido perspicazmente cuestionada, entre otros, por el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos: «la desterritorialización del Estado-nación bajo el impacto de la nueva permeabilidad de las fronteras para con los flujos de trabajo-capital, simplemente replica de hecho el proceso de implantación de una economía colonial en Latinoamérica en los siglos XVI y XVII» (Latin American Subaltern Studies Group 1993: 110-121).<sup>15</sup>

En la medida en que este fenómeno espacial *posmoderno* es la repetición de una experiencia colonial *temprano moderna*,<sup>16</sup> nos enfrentamos a un problema en nuestros marcos temporales. *Nosotros*, en el Norte (aquí asumo una identidad finlandesa), hemos estado acostumbrados a considerarnos más desarrollados que los del Sur. Por ello, puede ser perturbador el darnos cuenta que lo que parece tan novedoso para nosotros, puede ser para ellos realmente historia antigua. No obstante, la intensificación reciente de los

<sup>12</sup> Sobre varios significados del concepto de territorialidad en la geografía política e industrial reciente, véase Steinberg, (1994: 3-5).

<sup>13</sup> Esta especificación es importante a causa de la tendencia reciente de la teoría social a usar metáforas espaciales de manera tal que casi cualquier cosa puede ser conceptualizada como campo, área, territorio, etc. Sobre las metáforas espaciales véase Smith (1992: 57-79), Smith y Katz (1993: 67-83). Véase también Théry y Brunet (1992: 435-436).

<sup>14</sup> Una pregunta interesante, que aquí solo puedo mencionar, es hasta qué punto las áreas centrales, semiperiféricas y periféricas del sistema-mundo están delimitadas territorialmente.

<sup>15</sup> Para ser exactos, los Estados-nación como tales no están siendo desterritorializados, porque son por definición unidades territorializadas.

<sup>16</sup> Por supuesto, hay más que una mera réplica de la experiencia colonial en el proceso de desterritorialización. Para un análisis de las diferencias entre las compañías *joint stock* de los siglos XVII y XVIII, que se especializaron territorialmente, y las corporaciones del presente, que se especializan funcionalmente, véase Arrighi (1994: 73-74).

procesos de transnacionalización y transterritorialización y sus inquietantes implicancias para la proyección modernista del mundo hacen analíticamente útil definirlos como características modernas tardías del sistema-mundo, aun cuando su novedad no deba ser exagerada.<sup>17</sup>

Un ejemplo histórico de estructuras de gobierno relativamente no territoriales fueron algunos *gobiernos primitivos* cuyas extensiones espaciales estaban demarcadas sobre la base del parentesco, y no definidas por el territorio.<sup>18</sup> La reciente intensificación de la migración transnacional va acompañada por un resurgimiento de demandas políticas a los sistemas de gobierno que están basados en orígenes ancestrales o en el color de la piel, y no en la residencia dentro de un territorio. Estas demandas han existido por un largo tiempo, pero la magnitud de los flujos transnacionales y transcontinentales de personas está llegando a ser tal que los migrantes, a menudo con pocos derechos democráticos, no pueden ser vistos por mucho tiempo más como una anomalía insignificante para el sistema de Estados y para las definiciones correspondientes de ciudadanía basadas en territorialidades mutuamente excluyentes.

Aunque los flujos transnacionales de personas probablemente tendrán un aumento espectacular en el futuro, hasta ahora no son muy significativos cuando son comparados con la movilidad del capital. Algunos de los ejemplos más obvios de los rasgos tardío-modernos del espacio social pueden, en realidad, ser encontrados en la esfera de los flujos de capital transnacional. Las redes computarizadas y globalizadas en las que se mueve el capital, especialmente el capital financiero,<sup>19</sup> han creado de muchas formas espacios desterritorializados dentro del sistema-mundo.<sup>20</sup> Contrariamente a lo que afirma Richard O'Brien, economista jefe de American Express, estos cambios de ninguna manera señalan *el fin de la geografía* en las finanzas y las inversiones.<sup>21</sup> Lo que sí señalan es la crisis de los relatos territorialistas de perspectiva única de las unidades espaciales del mundo.

Aun si hoy es una verdad evidente que las transacciones financieras escapan cada vez más de las fronteras territoriales, el hecho de que estas transacciones también constituyen sistemas de gobierno es ampliamente ignorado u obviado. En la mayoría de las teorías de la democracia, los sistemas de gobierno están rígidamente identificados con las comunidades políticas llamadas estados-nación. Entre estos contenedores territoriales, y más allá de ellos, en las esferas de la economía global o de las relaciones internacionales, se supone que existe o un espacio de transacciones económicas

<sup>17</sup> Véase también Pakkasvirta y Teivainen (1997: 7-21).

<sup>18</sup> Véase Ruggie (1993: 149) y Sack (1986: 6-9).

<sup>19</sup> Para conocer un argumento convincente sobre qué es la transferencia en forma de capital, de capital productivo a capital mantenido en dinero constante, lo que está produciendo un cambio en la relación entre los estados-nación fijos territorialmente y el movimiento global de capital, véase Holloway (1994: 23-49). Para véase un análisis histórico de largo plazo en este sentido, consultar Arrighi (1994).

<sup>20</sup> Ruggie (1993: 172) define la «región no territorial en la economía mundial» como un «espacio de flujos descentrado, aun cuando integrado, operando en tiempo-real, que existe junto a los espacios- de-lugares (*spaces of places*) que llamamos economías nacionales».

<sup>21</sup> Citado en Barnet y Cavanagh (1994: 396-397).

apolíticas,<sup>22</sup> o una anarquía donde la política se asume como algo menos auténtico que dentro de los estados territoriales.<sup>23</sup> La búsqueda de metas políticas tales como la democracia es, por lo tanto, asumida como posible solamente dentro de la esfera pública de los gobiernos nacionales.

Las corporaciones transnacionales y las instituciones financieras globales no pueden ser vistas como sustitutos directos del sistema interestatal, pero a causa de su creciente producción floreciente de discursos normativos y de control sobre los flujos de capital, muchos de ellos pueden ser vistos como comunidades, o por lo menos como *comunidades-en-construcción*.<sup>24</sup> Muchos movimientos sociales críticos se están organizando transnacionalmente, aunque por lo general en un menor grado que las *élites* de negocios. Estos vínculos transnacionales incluyen, cada vez más, procesos que crean sentimientos de pertenencia común, lo que está produciendo comunidades desterritorializadas como, por ejemplo, movimientos sindicales, *gay nations*, organizaciones religiosas y coaliciones antinucleares. Muchos de estos vínculos son creados, sin duda por corto tiempo, sobre una base *ad hoc* y bien podrían ser denominados *advocacy networks*, como lo hacen Margaret Keck y Kathryn Sikkink (1998). Sin embargo, algunos están produciendo comunidades que tendrán efectos a largo plazo y aumentarán la multidimensionalidad del sistema-mundo.

Una de las normas tradicionales del estado como comunidad política, el uso de los instrumentos de violencia, está, sin duda, mayormente bajo el control del estado. Queda por verse hasta qué punto los actores transnacionales no estatales serán capaces de tener sus propias tropas de coacción. Sugeriría que un escenario como el de *Robocop 3*, la película donde una corporación (japonesa) transnacional usa sus propias fuerzas de policía para controlar disturbios en un territorio *extranjero* (Detroit, principalmente de propiedad de la corporación), es una visión del futuro razonablemente posible. Un aumento significativo de acciones terroristas por grupos que no pueden ser localizados en ningún territorio definido es otro posible futuro cuya viabilidad no debería ser subestimada.

## Repensando el enfoque de los sistemas-mundo

El enfoque de los sistemas-mundo, definido en este punto en su versión wallersteiniana,<sup>25</sup> nos da muchas herramientas que ayudan a localizar y ana-

<sup>22</sup> En su análisis de la economía capitalista como un sistema de gobierno, Bowles y Gintis (1986: 65), citan el artículo del economista Abba Lerner publicado en *American Economist Review* (1972) como un ejemplo de la supuesta neutralidad subyacente a la teoría económica liberal: «Una transacción económica es un problema político resuelto. La economía ha ganado el título de reina de las ciencias sociales al acoger problemas políticos resueltos, dentro de su dominio».

<sup>23</sup> Sobre cómo el principio de soberanía del Estado «implica una distinción fundamental entre un lugar de políticas auténticas y un espacio simple de relaciones entre estados», véase Walker (1993: 20).

<sup>24</sup> He analizado las comunidades-en-construcción en Teivainen (1999). Una versión anterior se encuentra en Teivainen (1994).

<sup>25</sup> Mi lectura del enfoque de Wallerstein está basada en sus libros y artículos teórica y políticamente orientados más bien que en *Modern World-System*, que es a menudo considerado su obra principal. Una de las razones es que *Modern World System* se concentra en los siglos pasados, mientras que mi enfoque se centra en cambios más recientes.

lizar lo global como algo distinto de la praxis nacional. A través de su intento de liberarse de las fronteras territoriales del objeto central de la ciencia social, la sociedad nacional, el enfoque de sistemas-mundo ha enriquecido grandemente nuestra imaginación espacial. Además de las contribuciones directas del enfoque al construir un marco conceptual, su aparición a mediados de los setenta tuvo un impacto que desde entonces ha alentado a las teorías centradas en el estado-nación a enfrentar la problemática de la globalización.

Aunque pienso que el esquema tradicional de los sistemas-mundo de Wallerstein está basado en algunas presunciones problemáticas sobre la frontera política/económica, estoy en desacuerdo con André Drainville, quien mantiene erróneamente que en las teorías de los sistemas-mundo la economía-mundo está conceptualizada «simplemente como un puente entre las formaciones nacionales y las sociales». Para probar este argumento, Drainville cita a Wallerstein diciendo que «[para] ser “sociales” ellas tendrían que ser «nacionales»» (Drainville 1995: 54). De hecho, Wallerstein se estaba refiriendo a las estrategias de las grandes revoluciones sociales del siglo xx, de las que afirma que «para ser “sociales”, ellas tenían que ser “nacionales”». Unas pocas líneas más abajo de esta equivocada exposición, Wallerstein expresa su propia opinión: «La economía-mundo capitalista como totalidad, su estructura, su evolución histórica, sus contradicciones, es la arena de la acción social» (Wallerstein 1979: 230)

Al enfatizar las continuidades del mundo moderno desde el llamado largo siglo xvi, el enfoque de los sistemas-mundo ha sido un antídoto vigoroso para los excesos de la visión de nuevo mundo global de muchos de los teóricos de la globalización. Sin embargo, una insistencia de alguna manera tozuda en decir que no hay nada nuevo bajo el sol puede implicar también una camisa de fuerza analítica. La globalización como tal no es tan nueva como algunos quisieran hacernos creer, pero hay cambios ocurridos a fines del siglo xx que demandan una sensibilidad analítica que algunas veces tiende a desaparecer en el estructuralismo a largo plazo del enfoque de los sistemas-mundo.<sup>26</sup> En otras palabras, el sistema-mundo *moderno* analizado por Wallerstein podría estar transformándose en un sistema-mundo *tardío moderno*, y si es así, algo del bagaje modernista del esquema de Wallerstein tiene que ser transgredido.<sup>27</sup>

La incongruencia del sistema-mundo actual con las categorías espaciales modernistas se debe más al carácter transfronterizo de gran parte de la acción social que al alcance del sistema. En mucha de la literatura reciente que trata sobre el proceso de globalización, existe una división implícita o explícita entre dos de sus dimensiones: esfera de acción e intensidad. La globalización llega a ser, un tanto tautológicamente, global en la esfera de acción cuando opera en todo el mundo. Su intensidad se refiere a la intensi-

<sup>26</sup> Esto no es para negar que Wallerstein encuentra muchos nuevos aspectos en el estado actual del sistema-mundo, tal como la naturaleza progresivamente caótica, en tanto que opuesta a determinista, de los procesos sociales, lo que está conectado a la cantidad decreciente de nuevo espacio (territorio) para la expansión del capitalismo.

<sup>27</sup> Wallerstein ha caracterizado la presente «era de desintegración de la economía-mundo capitalista» como algo que viene después de la «era de la modernidad» (Wallerstein: 106-107). Por lo tanto, es de alguna manera sorprendente que las categorías político-espaciales de su propuesta estén todavía encuadradas en formas modernistas y territorialistas.

ficación en los niveles de interacción, interconectividad o interdependencia ((Held y McGrew 1993: 261-288). Esta distinción es, como tal, una herramienta analítica útil, pero llega a ser problemática cuando se asume que solo el primer proceso tiene implicancias espaciales. Se tiende a olvidar que la intensificación de la *transnacionalización*, entendida como algo opuesto a la *internacionalización*, crea extensiones espaciales que rompen el cuadro del espacio social dividido en contenedores territoriales mutuamente exclusivos.

Aun si el análisis de sistemas-mundo ha enfocado varios procesos transnacionales de una manera más sofisticada que la mayoría de las teorías recientes de la globalización, ha sido menos exitoso en la teorización de la relevancia política de los flujos transfronterizos, que en el análisis de la división social del trabajo a nivel mundial. Esto es quizá más obvio en la división espacial de la economía-mundo en *unidades políticas múltiples*. Las unidades políticas múltiples forman la *superestructura política* de la economía-mundo y son definidas exclusivamente como *estados soberanos* (Wallerstein 1991a: 191). Esta división no es necesariamente vista siempre como un absoluto, pero las categorías implican una comprensión de la política como algo que sucede dentro de contenedores específicos. En la misma proporción los procesos transnacionales han sido analizados a través de ópticas teóricas demasiado despolitizadas.

Al enfatizar que el moderno sistema-mundo capitalista es por definición una economía-mundo, el enfoque de Wallerstein ha sido vulnerable a acusaciones de economicismo.<sup>28</sup> Por lo general, los críticos no toman en cuenta la posibilidad de que el concepto de la economía-mundo de Wallerstein sea interpretado como referente a un sistema social en un sentido más amplio, y no solamente a la *economía* de estándares económicos o del lenguaje cotidiano. La confusión se incrementa a menudo cuando se escribe economía-mundo (o sistema-mundo) sin el guión. En la lengua inglesa la diferencia es entre *world economy* y *world-economy*. Las implicaciones de este guión aparentemente insignificante son quizá más claras en las lenguas románicas: *économie mondiale* vs. *économie-monde* o *economía mundial* vs. *economía-mundo*. El segundo término, con guión, implica una unidad social (*mundo* quizás podría ser usado como sinónimo de *espacio social*), mientras que el primero es prácticamente sinónimo de *economía global*.

La ambigüedad crece por el hecho de que algunas veces Wallerstein usa el término economía-mundo para referirse a la comprensión estándar de *economía*.<sup>29</sup> Él ha anotado que conceptualizar la «división social efectiva del trabajo» como una economía es emplear un «lenguaje en código» (Wallerstein 1984: 2). Sugiero que esto implica la necesidad de decodificar la terminología de los sistemas-mundo. Como en la mayoría de los problemas teóricos implícitos en el enfoque de los sistemas-mundo, una parte importante de este problema de categorías rígidas ha sido enfatizada por el propio Wallerstein:

Teóricamente, el asunto es simple. Todo el mundo en las ciencias sociales usa regularmente la distinción de tres arenas: la económica, la política y la socio-cultural. Nadie nos cree cuando decimos que

<sup>28</sup> E. g. Giddens (1989: 68-70).

<sup>29</sup> E. g. Wallerstein (1979: 272-273 y 1991a: 191).

hay solamente un simple campo con una lógica única. ¿Creemos esto nosotros mismos? Algunos de nosotros, sin duda, pero no todos. Y todos caeremos en el uso del lenguaje de las tres arenas en casi todo lo que escribimos. Es ya tiempo de que tomemos este asunto con seriedad. (Wallerstein 1991b: 271)

Abordar este tópico es una tarea urgente y difícil (Wallerstein 1991b: 4 y 1991c: 7-15). Por razones de claridad, me concentro en las implicaciones de la dicotomía conformada por los campos político y económico. Separar la categoría de economía, incluso en la más matizada versión de *economía-mundo*, de la categoría de política, es impedirse analizar la naturaleza siempre política de lo que los apologistas del capitalismo nos han querido hacer ver como asuntos técnicos, apolíticos y naturales.<sup>30</sup> No trato de encontrar aquí una solución satisfactoria al problema del lenguaje de las tres arenas.<sup>31</sup> Sin embargo, me gustaría destacar que abordar el problema tiene consecuencias para el marco de trabajo del enfoque de los sistemas-mundo.<sup>32</sup>

Reemplazar los conceptos problemáticos de las tres arenas por nuevos conceptos y seguir adelante, como si no fuera necesario repensar nada más, no es una solución satisfactoria. Si tomamos la invitación de Wallerstein a *despensar* (*unthink*) seriamente, y aceptamos que ni siquiera por el beneficio de la exposición teórica es útil caracterizar las burocracias y las redes de poder de las corporaciones transnacionales como algo menos político que las burocracias estatales, necesitamos cuestionar la hipótesis de que los estados territoriales constituyen exclusivamente las unidades políticas múltiples del sistema-mundo. Hay muchas razones para discutir la afirmación de que las corporaciones transnacionales privadas son tan políticas como las instituciones estatales públicas.<sup>33</sup> El hecho de que la versión dominante del discurso liberal trate de construir un muro teórico dicotómico entre la corporación privada y el estado público es comprensible a causa de la visión generalmente aceptada de que las pretensiones de un estado democrático no son válidas en la esfera privada. Para una teoría democrática radical, debería ser obvio que este muro tiene que ser deconstruido.

La praxis de las corporaciones capitalistas, disfrazada bajo un discurso de neutralidad económica, necesita ser analizada como una práctica política. Una buena parte de esta praxis es transnacional y constituye espacios sociales tales como las comunidades de negocios transnacionales, y por ello necesitamos tomar en cuenta las unidades políticas transnacionales como parte de la *superestructura política* del sistema-mundo.<sup>34</sup> Esto no implica en

<sup>30</sup> Sobre cómo la ciencia política como disciplina independiente ha legitimado la economía como una disciplina independiente, véase Wallerstein y otros (1996: 19-20).

<sup>31</sup> Para una deconstrucción perspicaz y meticulosa de la categoría de lo económico dentro del ampliamente definido materialismo histórico, véase Ryan (1982).

<sup>32</sup> Un interesante esfuerzo por tratar estos problemas ha sido el realizado por Burch (1995).

<sup>33</sup> Véase por ejemplo Bowles y Gintis (1986: 64-67).

<sup>34</sup> Si deconstruimos la dicotomía conformada por las esferas política y económica, la metáfora base/superestructura llega, obviamente, a ser problemática, sobre todo si *base* se refiere a la *base económica*. No pretendo que la metáfora tenga que ser desechada *necesariamente*, pues podría ser viable construir un modelo donde la producción material sea referida como una *base* aun cuando la categoría metafórica de *economía* no sea usada. Por supuesto, la metáfora aún mantendría algunas de sus dudosas connotaciones deterministas.

modo alguno que el sistema interestatal deba de desaparecer muy pronto<sup>35</sup> o que no tenga características específicas que lo distingan de otras redes de poder del sistema-mundo. No obstante, es muy problemático resaltar la diferencia entre los estados y las corporaciones transnacionales con la dicotomía político-económico. El enfatizar la territorialidad de los estados sería una manera más útil de distinguirlos de los espacios políticos transnacionales y desterritorializados.

La cuestión de la territorialidad no ha sido dejada totalmente sin analizar por el enfoque de los sistemas-mundo. En su libro sobre movimientos antisistémicos, Giovanni Arrighi, Terry Hopkins y Immanuel Wallerstein dan mucha atención a la «autoridad económica transterritorial» de las corporaciones transnacionales y la diferencian de la autoridad política «típicamente "territorial"» de los Estados (Arrighi y otros 1989: 63). Sin embargo, es muy simplista reducir los efectos de poder de las corporaciones transnacionales a la categoría de autoridad económica en tanto que algo opuesto a la autoridad política.<sup>36</sup> Esta reducción disminuye nuestra habilidad para analizar sus prácticas políticas tales como el control de los medios de comunicación, la producción de discursos normativos, la planificación perentoria de transacciones interempresariales, el uso político del *investment strike*, y también el uso todavía no muy común de sus propias fuerzas de coacción.<sup>37</sup>

La distinción dicotómica entre la autoridad política del Estado y la autoridad económica de las corporaciones probablemente se hará más problemática en el futuro. Hay indicios de que las burocracias estatales, al asumir prácticas empresariales, progresivamente asumirán la lógica económica, y de que las grandes organizaciones de negocios desempeñarán paulatinamente funciones que en principio han pertenecido al estado. En lo que concierne a la fuerza laboral, las corporaciones transnacionales pueden asumir funciones de carácter estatal, por ejemplo, dar pensiones, guarderías infantiles, seguros de salud, seguridad laboral, sistemas de vejez y derechos de *ciudadanía* para sus trabajadores (Friedland y Boden: 13-14). En vez de asumir que el mosaico territorial constituido por los estados es todo lo que hay en la *superestructura política* del sistema-mundo, es importante analizar la multidimensionalidad política del sistema-mundo moderno.

El análisis del «largo siglo xx» por Giovanni Arrighi es un intento fructífero de romper algunas de las rigideces espaciales del enfoque tradicional de los sistemas-mundo. Su distinción entre el *espacio de lugar* de los gobiernos de los estados y el *espacio de flujos* de las organizaciones comerciales, corresponde hasta un cierto punto a la distinción entre el espacio territorial y el

<sup>35</sup> Para una visión de alguna manera rebuscada del futuro véase Luke (1993: 243), quien pretende que la mayoría de los Estados-nación probablemente demostrarán ser «no más que variantes aspectos nominales de flujos transnacionales invariantes actuales».

<sup>36</sup> Si como Arrighi y otros parecen sugerir, lo político es por definición territorial, una parte del problema conceptual está obviamente resuelta. Pero si es así, ¿por qué no definir simplemente el poder del estado como poder territorial y evitar el estrechamiento innecesario del uso de la categoría de la política?

<sup>37</sup> Además de Robocop 3, el posible futuro en el cual «veremos [...] la expansión de los ejércitos privados de protección y de las estructuras policiales [...] por las estructuras de producción corporativas [...]» ha sido previsto por Wallerstein (1991d). Las implicaciones de este escenario para la *superestructura política* del futuro sistema-mundo, sin embargo, no son especificadas en el esquema de Wallerstein.

desterritorializado.<sup>38</sup> En su demarcación, la división de la economía-mundo en «jurisdicciones políticas competentes» es vista como algo más contingente y menos absoluto que en el enfoque tradicional de los sistemas-mundo. Al reconocer que «la forma [estatal] de territorialidad como la base para organizar la vida política parece ser destruida por un espacio funcional no-territorial» (Arrighi 1994: 80), Arrighi es capaz de trascender gran parte de la tendencia territorialista del enfoque tradicional de los sistemas-mundo, incluso cuando algunas de sus afirmaciones todavía parecen apoyarse en una comprensión bastante apolítica de la economía.<sup>39</sup>

Por supuesto, también debería ser analizado empíricamente hasta qué punto los procesos de transnacionalización y desterritorialización han disminuido, por ahora, la utilidad del marco espacial modernista y territorialista del análisis de los sistemas-mundo. Mi análisis puede haber obviado, por ejemplo, las diferencias entre los diferentes tipos de corporaciones transnacionales o entre los diferentes tipos de estados. Dependiendo de los indicadores, yo podría ser acusado de enfatizar excesivamente las características tardío-modernas del sistema-mundo, y podría incluso ser difícil para mí negar esos cargos. Sin embargo, en términos del futuro, la cuestión relevante es si los procesos tardío-modernos analizados en este artículo continuarán y se intensificarán. Mi crítica conceptual ha sido fortalecida por la predicción de que lo harán.

### Características institucionales de los futuros transnacionales

Mi enfoque sobre cómo politizar y socavar los espacios de poder corporativo tiene además una limitación, quizás la más crucial de todas. Más allá de la deconstrucción, necesitamos la reconstrucción. En muchos de los más innovadores enfoques de la política transnacional tardío-moderna, como el de William Connolly, las perspectivas políticas de la «variada espacialización de las energías democráticas» son proyectadas en términos de «políticas democráticas del disturbio» Connolly (1991: 463-484). El disturbio es bueno cuando está dirigido contra un poder irresponsable o contra nuestras propias categorías inadecuadas. Sin embargo, para hacer explicable lo inexplicable, necesitamos imaginar las características institucionales de los futuros posibles.

Una explicación probable de la renuencia de muchos teóricos críticos a pensar en las características *institucionales* de los futuros transnacionales, es que los aspectos institucionales han sido dados por supuestos por los que trabajan con nociones restringidas de la democracia formal. La liberación

<sup>38</sup> Véase Arrighi (1994: 23 y 33-34). Sin embargo, hay diferencias entre la definición de Arrighi del territorialismo como una lógica de poder y mi definición del territorialismo. Por ejemplo, él enfatiza la adquisición de territorios adicionales en su definición de territorialismo más de lo que lo hago yo.

<sup>39</sup> Declaraciones como «a medida que las redes de acumulación se expandieron para rodear el globo entero, ellas llegaron a ser progresivamente autónomas y dominantes de las redes de poder», parecen despolitizar el poder de las organizaciones de negocios, aunque no es fácil comprender cómo algo puede ser «dominante sobre las redes de poder» y no ser una red de poder en sí mismo (Arrighi 1994: 86).

radical de la imaginación democrática es a menudo conceptualizada en términos de procesos democráticos *auténticos* o *participatorios*, entendidos como algo distinto de los modelos de instituciones democráticas formales o electorales. Tengo la certidumbre de que la teoría y práctica democráticas deberían, de hecho, enfatizar la participación popular. Sin embargo, la democracia trata sobre las formas de gobernar, y un rechazo absoluto del formalismo podría implicar un rechazo de la búsqueda de las formas democráticas radicales.

La utilidad política de formular modelos de instituciones democráticas del futuro —transnacionales, cosmopolitas y globales— no consiste solamente en que ellas pueden dar inspiración a aquellos que podrían luchar por su realización. Estos modelos son también importantes para las políticas deconstructivas que socavan las redes existentes del poder porque la legitimidad de este último está parcialmente basada en el discurso que dice *no-hay-alternativa*. En este sentido, la deconstrucción y la reconstrucción son las dos caras de la misma moneda.

Me gustaría compartir una experiencia personal para ilustrar la relevancia política del imaginar modelos democráticos de futuros transnacionales. En un aburrido seminario en una oscura y fría mañana de invierno en Helsinki,<sup>40</sup> tuve un intercambio de opiniones con un simpático caballero francés llamado Michel Camdessus, cuyo trabajo era dirigir el Fondo Monetario Internacional. Su estrategia discursiva era un ejemplo, por un lado, de los intentos de los gobernantes de nuestro mundo de negar que ellos pudieran de alguna manera romper las normas de la democracia, y por otro lado, cuando la negación llega a ser imposible de mantener, señalar la falta de alternativas.

Cuando le pregunté por la falta de transparencia democrática en el FMI, Camdessus negó el cargo categóricamente. «En el FMI tenemos un alto nivel de democracia». Por supuesto, él podría haber usado el discurso de la neutralidad económica para negar la importancia de la norma democrática en el FMI *apolítico*. Pero no lo hizo, quizá porque el papel político del FMI en el sistema de gobernabilidad global había llegado a ser bastante obvio, incluso en la charla dada por él unos minutos antes.

No fue particularmente difícil argumentar que Camdessus estaba equivocado. El grado de democracia en el FMI, gobernado por el principio de «un dólar, un voto», es tan bajo como la temperatura que había en las calles de Helsinki en esa mañana. Por lo tanto, él tuvo que cambiar a otra estrategia discursiva. «Miren la alternativa. La Asamblea General de las Naciones Unidas es dirigida por el principio democrático de un país, un voto. ¿No sería absurdo que Fidji o Mónaco tuvieran el mismo poder de voto en el FMI que el que tienen los Estados Unidos?». Después de estas palabras, dejó el estrado, en medio de aplausos, sonriendo.

De alguna manera, seguramente sería ridículo decir que la verdadera democracia a nivel global podría ser conseguida dando a países como Fidji o Mónaco el mismo poder de voto que a los Estados Unidos. De la misma manera, la mayoría de los participantes en el seminario probablemente estaban convencidos de que una democratización del FMI sería realmente absurda. En nuestra imaginación colectiva no había alternativa democrática en

<sup>40</sup> Seminario de la Asociación Finlandesa de Naciones Unidas, diciembre de 1994.

asuntos de gobierno global, porque era fácil ver el déficit democrático de la única alternativa existente: el modelo un-país-un-voto.

Si los participantes hubieran leído un libro como *A Short History of the Future*, de W. Warren Wagar, el que describe un sistema-mundo futuro donde las instituciones globales son dirigidas por delegados elegidos popularmente, correspondiendo aproximadamente al principio de una-persona-un-voto, el ambiente en el seminario habría sido diferente (Wagar 1992). Habría sido más difícil para Camdessus, al usar el discurso de no-hay-alternativa, deslegitimar al deslegitimador, deconstruir el argumento deconstructivo.

La importancia del modelo descrito por Wagar no es que este sea necesariamente la forma más posible o incluso deseable para un sistema-mundo del futuro radicalmente democratizado.<sup>41</sup> En el modelo, el sistema de gobierno global está basado en una proyección de un estado territorial a nivel global. Asume una homogeneidad espacial entre un estado-nación moderno y el estado mundial, excepto que este último es mayor que el primero.<sup>42</sup> Se pasa por alto la posibilidad de encontrar formas transnacionales de responsabilidad y fiscalización democráticas que no estén definidas por los territorios que cubren. En el Mundo Mancomunado de Wagar, las megacorporaciones han sido consolidadas como corporaciones estatales democráticamente controladas (Wagar 1992: 149).<sup>43</sup> Si asumimos que algunas de estas corporaciones se extienden transnacionalmente, también podríamos —y en mi opinión deberíamos— imaginar formas transnacionales no estatales de confiabilidad democrática.

Por ejemplo, las corporaciones podrían ser controladas por las asambleas transnacionales de sus trabajadores quizás junto con las otras personas más directamente afectadas por los asuntos que manejan las corporaciones. Paralelamente, podríamos decir que las comunidades afectadas por las acciones de un estado en particular deberían tener voz y voto en sus decisiones, incluso si no viven dentro de sus fronteras o no pertenecen a su ciudadanía. Por supuesto, puede ser difícil definir las fronteras de tales comunidades si no pueden ser localizadas en ningún área territorial coherente. Esta dificultad hace conveniente confiar en unidades territoriales cuando tratamos de imaginar futuros democráticos. Sin embargo, la aparente conveniencia de confinar la confiabilidad democrática a contenedores territoriales no debería impedirnos imaginar modelos de democracia menos territorialistas.<sup>44</sup>

<sup>41</sup> Wagar mismo señala las muchas contradicciones del modelo *world-state* y también prevé su quiebre en un mundo mucho más descentralizado. Véase también Teivainen (1996).

<sup>42</sup> Véase Walkwr (135-136) para los problemas de esta suposición, a la cual él se refiere como «el tema de Gulliver».

<sup>43</sup> No está claro si se refiere al estado mundial o a los distritos administrativos de entre 2,5 y 3 millones de personas que, en su escenario, han reemplazado a los estados-nación.

<sup>44</sup> Hasta qué punto pueden tener éxito las luchas para democratizar espacios transnacionales y desterritorializados específicos, si el mundo en su totalidad no ha sido transformado en un lugar relativamente democrático, es una pregunta formidable que no puedo sino simplemente mencionar aquí. En mi visión de un futuro sistema-mundo relativamente democratizado, algunas de las instituciones, por lo menos en algún momento, deberían ser verdaderamente globales, pero esto en sí no implica la necesidad de un estado mundial wagariano o una federación de estados kantiana.

La importancia de los resultados de Wagar y de los otros muy escasos modelos de democracia global no debería ser desechada por los problemas y ambigüedades de estos.<sup>45</sup> Su relevancia debería ser vista en términos de la apertura de un espacio político emergente constituido por aquellos de nosotros que queremos comprometernos e identificarnos con el proyecto colectivo de construir tales modelos. La multiplicación y la proliferación de los modelos nos ayudarán a debilitar el discurso de *no-hay-alternativa*, y por lo tanto nos darán poder para dedicarnos a las *políticas de desorden democrático* más allá de los límites dados por el escepticismo posmoderno. Por supuesto, al mismo tiempo los modelos nos permitirán imaginar futuros posibles. Imaginar, para construirlos.

## Bibliografía

- ARRIGHI, Giovanni  
1994 *The Long Twentieth Century*, Londres: Verso.
- ARRIGHI, Giovanni y otros  
1989 *Antisystemic Movements*, Londres, Verso.
- BARNET, Richard y John CAVANAGH  
1994 *Global Dreams: Imperial Corporations y the New World Order*, Nueva York: Simon & Schuster.
- BOWLES, Samuel y Herbert GINTIS  
1986 *Democracy & Capitalism: Property, Community, y the Contradictions of Modern Social Thought*, Nueva York: Basic Books.
- BURCH, Kurt  
1995 «Invigorating World-Systems Theory as Critical Theory», *Journal of World-Systems Research*, vol. 1, N° 18.
- CONNOLLY, William E.  
1991 «Democracy y Territoriality», *Millenium*, vol. 20, N° 3, pp. 463-484.
- COX, Robert  
1992 «Global Perestroika». En: Ralph Milibty y Leo Panitch (eds.), *Socialist Register*, Londres: The Merlin Press, pp. 26-43.
- DRAINVILLE, André  
1995 «Of Social Spaces, Citizenship, y the Nature of Power in the World Economy», *Alternatives* N° 20.
- FRIEDLY, Roger y Deidre BODEN  
1993 «NowHere: An Introduction to Space, Time y Modernity». En: Friedly y Boden (eds.), *NowHere: Space, Time y Modernity*, Berkeley: University of California Press, pp. 1-59.

<sup>45</sup> Uno de los modelos más ambiciosos de democracia global puede ser encontrado en Held (1995). Uno de los problemas del modelo de Held es que enfatiza la separación de los intereses políticos y económicos como una característica deseable del futuro, mientras que desde mi perspectiva esta separación debería ser abolida.

- GIDDENS, Anthony  
1989 *The Consequences of Modernity*, Cambridge: Polity Press.
- HARVEY, David  
1989 *The Conditions of Posmodernity*, Oxford: Basil Blackwell.  
19?? «The Geopolitics of Capitalism». En: Derek Gregory y John Urry (eds.), pp.128-163.
- HELD, David  
1995 *Democracy y the Global Order*, Cambridge: Polity Press.
- HELD, David y Anthony McGREW  
1994 «Globalization y the Liberal Democratic State», *Government y Opposition*, vol. 28, N° 2, pp. 261-288.
- HOLLOWAY, John  
1994 «Global Capital y the National State», *Capital y Class* N° 52, pp. 23-49.
- KAPSTEIN, Ethan B.  
1995 «Territoriality y Who is "US"?», *International Organization*, vol. 47, N° 3.
- KECK, Margaret E. y Kathryn SIKKINK  
1998 *Activists Beyond Frontiers*, Ithaca: Cornell University Press,.
- LACLAU, Ernesto y Chantal MOUFFE  
1985 *Hegemony y Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres: Verso.
- LATIN AMERICAN SUBALTERN STUDIES GROUP  
1993 «Founding Statement». En: John Beverly y José Oviedo (eds.), *The Posmodernism Debate in Latin America*, Durham: Duke University Press, pp. 110-121.
- LUKE, Timothy W.  
1993 «Discourses of Disintegration, Texts of Transformation: Re-Reading Realism in the New World Order», *Alternatives* 18, pp. 229-258.
- MLINAR, Zdravko  
1992 «Individualization y Globalization: The Transformation of Territorial Social Organization». En: Zdravko Mlinar (ed.), *Globalization y Territorial Identities*, Aldershot: Avebury.
- MOUFFE, Chantal  
1992 «Democratic Politics Today». En: Chantal Mouffe (ed.), *Dimensions of Radical Democracy*, Londres: Verso.
- PAKKASVIRTA, Jussi y Teivo TEIVAINEN  
1996 «La crisis de las utopías nacionales en América Latina», *Iberoamericana: Nordic Journal of Latin American Studies*, vol. XXVII: 1-2, pp. 7-21.
- RODRÍGUEZ, Primitivo  
1993 «The Uprooted from the Land». En: Jeremy Brechter y otros (eds.), *Global Visions: Beyond the New World Order* (Boston: South End Press.), pp. 295-298.

- RUGGIE, John Gerard  
 1993 «Territoriality y Beyond: Problematizing Modernity in International Relations», *International Organization*, vol. 47, N° 1, pp. 129-174.
- RYAN, Michael  
 1982 *Marxism y Deconstruction: A Critical Articulation*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- SACK, Robert David  
 1986 *Human Territoriality*, Cambridge: Cambridge University Press.
- SLATER, David  
 s/f. *Territory y State Power in Latin America* (Houdsmills: Macmillan).  
 1987 «Peripheral Capitalism y the Regional Problematic». En: Richard Peret y Nigel Thrift (editores), *New Models in Geography: The Political-Economy Perspective*, Londres: Unwin Hyman, pp.267-294.
- SMITH, Neil  
 1992 «Geography, Difference, y Politics of Scale». En: John Doherty y otros (eds.), *Posmodernism y the Social Sciences*, Houndmills: Macmillan, pp.57-79.
- SMITH, Neil y Cindi KATZ  
 1994 «Grounding Metaphor: Towards a Spacialized Politics». En: Michael Keith y Steve Pile (eds.), *Place y the Politics of Identity*, Londres: Routledge, pp. 67-83.
- STEINBERG, Philip E.  
 1994 «Territory, Territoriality and the New Industrial Geography», *Political Geography*, vol. 13, N° 1.
- TEIVAINEN, Teivo  
 1999 «Globalization of Economic Surveillance: The International Monetary Fund as a Modern Priest», *Passages: Journal of Transnational y Transcultural Studies* (1/1999), pp. 84-116.  
 1996 «Universalism y Ambiguousness: Comments on Wagar's Praxis of World Integration», *Journal of World-Systems Research* 2-1.  
 1994 «El Fondo Monetario Internacional: un cura moderno», *Pretextos* N° 6, pp. 79-107.
- THÉRY, Hervé y Roder Brunet  
 1992 «Territoire». En: Brunet y otros (eds.), *Les mots de la géographie: dictionnaire critique*, Montpellier: Reclus, pp. 435-436.
- UNGER, Roberto Mangabeira  
 1988 *Social Theory: Its Situation y Its Task*, Cambridge: Cambridge University Press.
- URRY, John  
 1985 «Social Relations, Space y Time». En: Derek Gregory y John Urry (editores), *Social Relations y Spatial Structures*, Houdsmills: Macmillan, pp. 20-48.
- WAGAR, Warren  
 1992 *A Short History of the Future*, Chicago: The University of Chicago Press.

WALKER, R. B. J.

1995 *Inside/Outside: International Relations as a Political Theory*, Cambridge: Cambridge University Press.

WALLERSTEIN, Immanuel

1991a *Geopolitics y Geoculture*, Cambridge: Cambridge University Press.

1991b *Unthinking Social Science*, Cambridge: Polity Press.

1991c «Beyond Annales?», *Radical History Review* Nº 49.

1991d «Capitalist Civilization», conferencias como profesor visitante en Wei Lun, Universidad China de Hong Kong, 19 al 21 de noviembre.

1984 *The Politics of World-Economy*, Cambridge: Cambridge University Press.

1979 *The Capitalist World-Economy*, Cambridge: Cambridge University Press.

s/f. «The Collapse of Liberalism». En: Ralph Miliby y Leo Panich (eds.), *Socialist Register*, Londres: The Merlin Press.

WALLERSTEIN, Immanuel y otros

1996 *Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford: Stanford University Press.

WATERS, Malcolm

1996 *Globalization*, Londres: Routledge.